

Ripoll, ¿románico o romántico?

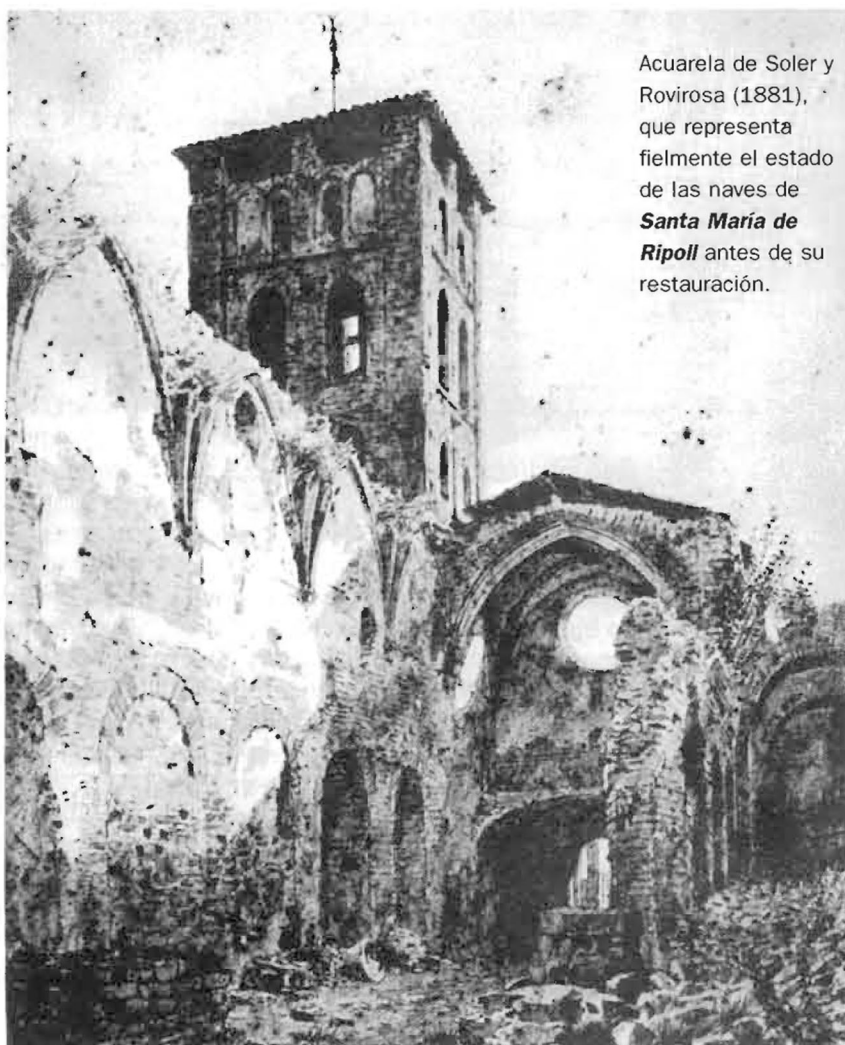
La iglesia del monasterio de Santa María de Ripoll fue tan reconstruida a finales del siglo pasado que el abad Oliba, su fundador, no la reconocería

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

*Catedrático de Historia del Arte
Escuela de Arquitectura, Madrid*

EN LA CULTURA románica catalana, las empresas constructivas del abad Oliba forman un sustrato de primer orden que tienen en el monasterio benedictino de Ripoll (Gerona) una referencia obligada. A él se debe la ampliación y consagración de la nueva iglesia del monasterio (1032) que, sin embargo, fue tan alterada por el tiempo y la reconstrucción llevada a cabo en el siglo XIX, que resulta poco fiable cuanto se quiera establecer a partir de su actual imagen.

En efecto, Santa María de Ripoll, que cuenta con una portada románica tan excepcional como deteriorada, es sobre todo un ejercicio de composición característicamente romántico que distorsiona la historia del monumento, confundiendo a todos, al simple visitante y al estudioso medievalista, a juzgar por las pintorescas interpretaciones de su arquitectura. La construcción de Ripoll representó uno de los esfuerzos más notables de nuestro siglo XIX por resucitar un sueño poético-arquitectónico, cuyos límites conviene conocer para separar la obra románica de la obra romántica, esto es, lo construido en el siglo XI de lo inventado en el XIX.



Acuarela de Soler y Rovirosa (1881), que representa fielmente el estado de las naves de **Santa María de Ripoll** antes de su restauración.

El conjunto de Ripoll había conocido daños e intervenciones anteriores, citándose el terremoto de 1428 como el responsable (?) de la adición de una bóveda nervada a lo largo de su nave mayor, sustituyendo probablemente a una sencilla cubierta de madera. El hecho es que la historia de Ripoll se puso a cero en 1835 a raíz de la exclaustación, al abandonar el monasterio sus dieciocho monjes. Incendios, saqueos, abandono y ruina dejaron dolorosa-

mente irreconocible lo que en otro tiempo fue foco activo de la cultura catalana, desde su arquitectura hasta su excepcional archivo.

Poco tardaron personas e instituciones en reclamar la recuperación del conjunto, siendo especialmente notable el empeño de don José Morgades, obispo de Vic, y de otros muchos hombres que vieron en el arquitecto Elías Rogent (1821-1897) la persona indica-

da para acometer la obra de reconstrucción del templo y claustro ripollense. Este arquitecto unía a su formación una especial sensibilidad hacia el arte medieval entendido como arte cristiano, en la mejor lírica romántica iniciada por Chateaubriand en su *Genio del Cristianismo* (1802). Así, Rogent se dolía de que al estudiar en la Escuela de la Lonja barcelonesa "las corrientes dominantes en aquel entonces en la ciudad condal eran contrarias al verdadero arte cristiano", es decir, al arte medieval. Únase a esto el hecho de estar vinculado al grupo de pintores "nazarenos" catalanes, comenzando por Claudio Lorenzale, que era su cuñado, y tendremos a un Rogent abierto a esta corriente entre estética

y espiritual, de ingenuo y primitivo misticismo cristiano.

Con este espíritu hizo un primer proyecto de restauración (1865), en el que tanto la forma arquitectónica de la iglesia como el programa iconográfico de su interior, recubriendo totalmente muros y bóvedas, respondían a aquella actitud confusa entre arte y credo, entre "nazarena" y naïf. El arquitecto, pres-



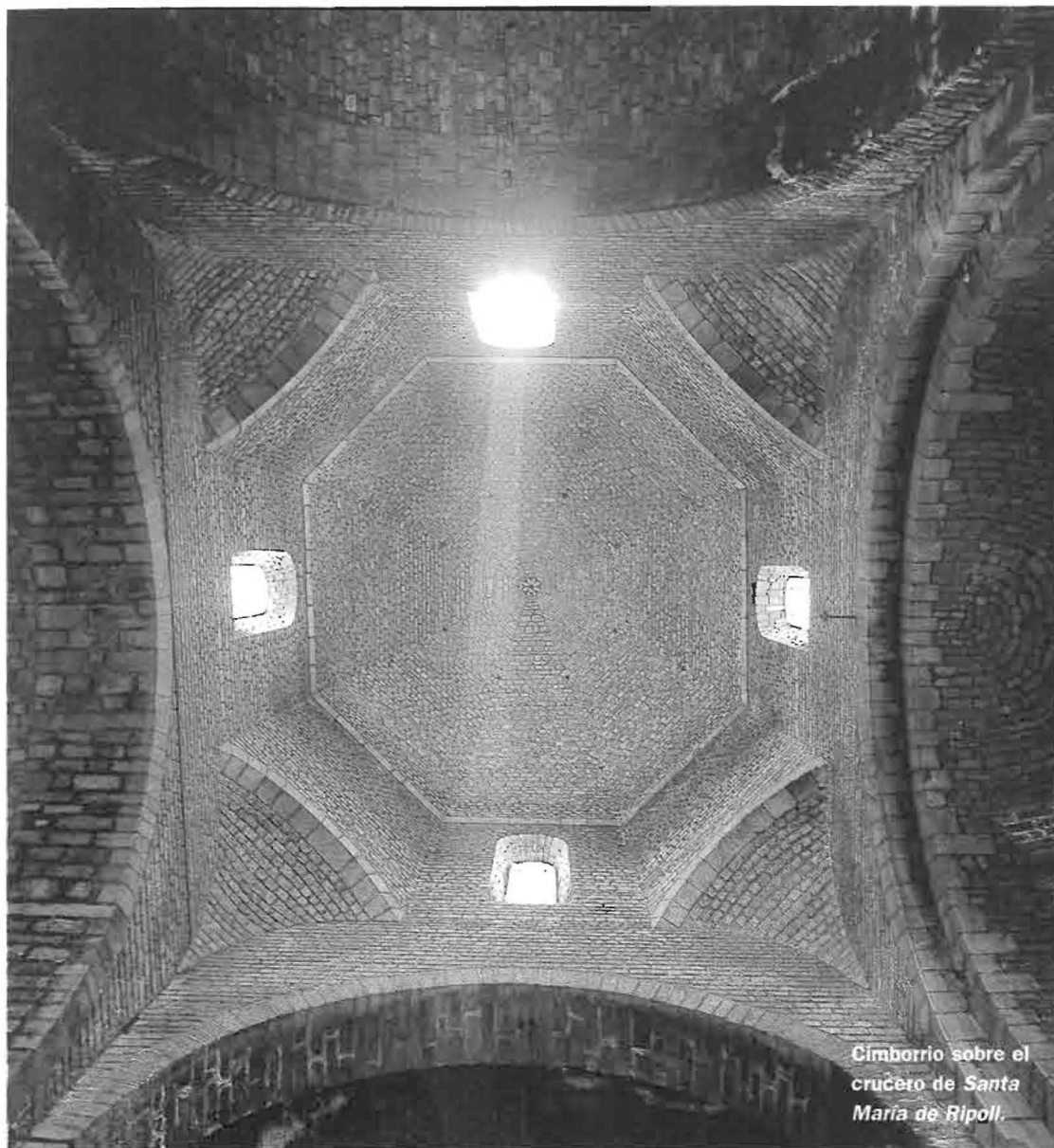
cindiendo de todo cuanto existía en el edificio arruinado, hizo un proyecto de iglesia nueva al margen de cualquier consideración histórica, geográfica y estilística.

El mismo Rogent reconocía más tarde su equivocación, pues entonces “conocía poco de los principios de nuestro arte regional –el Románico catalán– y faltaban obras técnicas que lo explicaran”. Para subsanar estas deficiencias se había dejado guiar por obras notables, como los libros y trabajos de Batissier, Hope, Caumont o Viollet-le-Duc, pero en ninguna de ellas se hablaba de nuestros monumentos, con lo cual no era de extrañar aquel Románico libresco que le había salido a Rogent.

Como el acopio de medios para la financiación de la reconstrucción tardó mucho en cuajar, la obra no empezó hasta que el 21 de marzo de 1886, festividad de San Benito, se iniciaron con



Vista actual de **Santa María de Ripoll**, donde se aprecia el ábside central incorporado en la restauración y que no existía anteriormente. Abajo, portada de la iglesia.



Cimborrio sobre el
crucero de Santa
María de Ripoll.

y como muestra la planta levantada por el marqués de Dou y publicada por Puig y Cadafalch, y el arquitecto restaurador nos devolvió un templo con cinco naves, sin certeza de que fuera así anteriormente. La nave mayor estuvo cerrada con una bóveda de nervios de la que quedaba completo el tramo de los pies y el arranque del resto, impreso en el muro sur, según recoge en una bellísima acuarela el escenógrafo Soler y Rovirosa (1881). Pero el arquitecto estimó que aquello rompía la unidad de estilo y las eliminó. En su lugar puso una bóveda de cañón, que parece improbable que llevara, inventándose unas absurdas bóvedas de cuarto de cañón y de cañón para las naves colaterales que nunca existieron. Sobre el crucero, pensó Rogent que convenía poner un cimborrio, como hoy se ve, aunque anteriormente no existiera. Nuevos son el ábside central, el últi-

gran solemnidad, dándose allí cita la Patria, la Iglesia, la Monarquía y la Historia, de la mano de la Arquitectura. Rogent, auxiliado por el arquitecto diocesano José Artigas Ramoneda y del provincial Martín Sureda, pudo ver finalizada su obra en 1893. Pero lo ejecutado respondía ahora a un proyecto menos erudito y foráneo, pues tuvo la ocurrencia de acercarse al paisaje en el que creció aquel primer Románico, como lo bautizó Puig y Cadafalch, descubriendo toda una especie propia en la que el arquitecto creía encontrar lo que le faltaba a Ripoll.

Pero como a Ripoll le faltaba casi todo, casi todo resultó ser un mero transplante. “La obra que falte en Ripoll —escribe Rogent— se hallará en los valles de Conflent o Pla de Bages, en las orillas del Galligans o del Ritort, en Helna o en Tarrasa, pudiendo afirmar que los ex monasterios de Sant Miquel de Cuxá, Sant Martí de Canigó, Sant Pere de Roda y

Sant Llorenç de Munt y la iglesia parroquial de Sant Jaume de Fontinyá guardan entallados en sus piedras los planos de restauración de Ripoll, debiendo el arquitecto de hoy tan sólo ordenarlos y compilarlos”. Estas palabras, tomadas del informe redactado en 1886 por Rogent sobre las fuentes de restauración que tantos quebraderos le dieron, coinciden en fecha y actitud con el *Canigó* de Jacinto Verdaguer, publicado un año antes. El propio arquitecto incorpora en su informe uno de los versos que cantan la belleza de la torre de Canigó en su paisaje (“Es un cloquer y un torreó de guerra/es un esforç titánich de la terra...”), dando así medida del fondo literario que, en parte, inspira su proyecto definitivo, intentando guardar un justo medio entre la mera arqueología y la fantasía del artista.

El resultado final es más que discutible pues, para dar una sencilla idea al lector, la iglesia del monasterio, antes de la restauración tenía tres naves, tal

mo cuerpo de luces y remate de la torre norte, el segundo cuerpo y remate escalonado de la torre sur, el hastial de la iglesia entre las dos torres, todas las columnas y pilares de las naves colaterales, el aparejo que pierde rusticidad desde la cabecera del templo hacia los pies...

No es necesario seguir con la numeración de aquel sacrificio sin posibilidad de regeneración que dio al traste con el frágil poder evocador de la arquitectura, pues Ripoll, pese a su tamaño y grandeza aparente, posee menos fuerza que las modestas iglesias del Valle de Boí, donde, en cambio, aún es posible oír el eco de voces arcanas. Josep Gudiol ya censuró esta fortísima operación de Ripoll, “víctima de la pasión romántica cargada de buena fe”, y Rogent, sin quererlo, creó un “estilo Ripoll” muy imitado, comenzando por la propia estación de ferrocarril que nos recibe en aquel bello lugar.